

El blog de Cyrano

Rosa Huertas

Ga
gran angular



www.literaturasm.com



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Berta Márquez
Ilustración de cubierta: Sonia Paredero

© Rosa Huertas, 2012
© Ediciones SM, 2012
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-5538-7
Depósito legal: M-9310-2012
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A la memoria de Elena Pradas,
mi amiga del alma.*

*A Pablo,
aunque nunca se haya llamado Pablo.*

PRIMERA PARTE

EL BLOG DE CYRANO

I

La vida es un gran teatro. Nosotros somos los actores de la obra de nuestra existencia. Podemos elegir el papel que queremos representar o consentir que otros, o las circunstancias, nos impongan los diálogos.

Peor aún resulta que solo interpretemos monólogos.

¿Y si el papel que te toca representar no es el que deseabas? ¿Y si preferirías convertirte en el protagonista? Solo hay que saber cómo darle la vuelta al guion, cómo cambiar de personaje. Será más fácil si eres tú quien escribe el texto.

Mi vida había sido un monólogo en voz baja durante demasiados años y buscaba un interlocutor válido, otro personaje con el que convertir mi existencia en una obra maestra o, al menos, en una realidad agradable. Lo que me ocurrió comenzó siendo un lánguido drama, para convertirse después en una comedia de enredo, en un despropósito con sorpresa final.

El azar me llevó, el día antes de estrenarme en la universidad, a darme un paseo sola por el Retiro. Desde pequeña me ha fascinado observar los espectáculos callejeros, los títeres que se representan alrededor del lago, los malabaristas, los músicos, los magos, las estatuas vivientes y hasta las señoras que leen las cartas interpretándolas sobre una mesa plegable. El conjunto destila una magia especial que nadie ignora: niños y mayores acaban atrapados y absortos ante alguno de estos artistas genuinos y entusiastas. Genios que cobran las escasas monedas que tú quieras darles.

Me gusta escribir después lo que he visto y vivido; por eso elegí estudiar Periodismo. También disfruto sentándome en un banco a leer, siempre que el tiempo lo permite. Me parece que el paisaje se difumina y me transporto al lugar que me cuenta el libro. Más de una vez, la tarde se me ha convertido en noche sin que me percatase y he tenido que salir a la carrera del parque para no quedarme la última, en compañía de los escasos vagabundos que dormitan allí con el buen tiempo.

Era un domingo por la tarde, de finales de septiembre. El otoño apenas había hecho acto de presencia en el parque, y la gente abarrotaba las terrazas mientras los niños se asombraban sentados en el suelo frente a las marionetas. Sería el destino el que me llevó ese día junto al lago, o esas casualidades extrañas que yo sé que no existen. Las piezas del rompecabezas de mi vida durante ese curso comenzarían a engarzarse allí mismo.

Caminaba abstraída, con mi libro bajo el brazo, cuando un sombrero negro de ala ancha cayó a mis pies. Me agaché a recogerlo y busqué a su propietario. En un banco, frente a mí, un hombre se maquillaba e intentaba, sin éxito, pegarse al rostro una enorme nariz.

—¿Esto es suyo? —le pregunté entregándole el sombrero.

—Gracias, señorita —tenía una voz grave, como surgida del fondo de una cueva—. ¿Podrías sujetarme este espejo, por favor? —me pidió.

Me senté a su lado y le sostuve el espejo minúsculo que había sacado de un destartado maletín, para que continuase con su proceso de caracterización. El maquillaje le prestaba una edad indefinida, aunque parecía sobrepasar los cuarenta.

—Esta maldita nariz, que no quiere pegarse —se quejó—. Y sin ella no puedo representar a Cyrano.

—¿A quién? —pregunté.

—A Cyrano de Bergerac. Eres demasiado joven, seguro que no lo conoces.

Vaya, aquel hombre no sabía con quién estaba hablando. Los que están de vuelta de todo piensan que los jóvenes no sabemos nada.

–Claro que lo sé. Es un personaje de una obra de teatro, ¿no? –recordaba haber visto la versión cinematográfica interpretada por Gerard Depardieu unos años atrás.

–Bien –me miró sorprendido–. Algo sabes, chiquilla.

–¿Y para qué te disfrazas de Cyrano? ¿Harás de estatua viviente sobre una caja?

–Mucho más –su voz adquirió un tono teatral–. Voy a interpretar a Cyrano. Soy actor de monólogos. ¿No me has visto otras veces?

Negué con la cabeza. Lo cierto era que llevaba bastantes semanas sin pasear por allí. Por lo visto me había perdido sus memorables actuaciones.

–Tampoco llevo aquí demasiado tiempo. Antes estuve en Barcelona; no me gusta pasar más de tres meses en una misma ciudad. ¡Soy un alma errante! –exclamó–. Si te quedas te dedicaré mi monólogo.

Se puso en pie y comprobé que poseía una espigada figura y un cuerpo fibroso que parecía curtido en mil viajes y pocas cenas. Se caló su sombrero y comenzó a convocar a los viandantes a grandes voces. No era un espectáculo habitual; los artistas del Retiro se inventaban actuaciones cada vez más sorprendentes para llamar la atención. Pensé que pocas personas se detendrían a escucharle; la oferta de interpretaciones era grande, pues aún reinaba el buen tiempo. Me equivoqué. Su primera frase animó a unos cuantos a formar un corro a su alrededor:

–Un hombre honesto no es francés, ni alemán, ni español; es ciudadano del mundo, y su patria está en todas partes.

Totalmente metido en su papel, declamó un magnífico monólogo en verso en el que comenzó burlándose de su exagerada nariz y de sí mismo, y continuó lamentándose de que su amada jamás se fijaría en él por culpa de su fealdad.

Al finalizar, se acercó a mí haciendo una aparatosa reverencia. La gente aplaudió y unos cuantos dejaron monedas en su sombrero; yo también lo hice. Siempre que me paro a disfrutar de una actuación dejo algo a los titiriteros, me parece lo justo. Cuando era pequeña, mis padres se quejaban de lo caro que les salía llevarme al Retiro, más que pagar las entradas del cine.

Me acerqué a felicitarlo.

–Enhorabuena, me ha gustado mucho.

–Gracias, chiquilla –su sonrisa era franca, parecía una de sus señas de identidad.

Me despedí deseándole buena suerte, y ya me alejaba cuando me llamó.

–Espera. ¿Puedo contarte algo más de Cyrano? Veo que no sabes bien quién era –dijo al tiempo que me invitaba a sentarme a su lado.

Resultaba chocante sentarse a hablar en un banco del Retiro con un tipo ataviado con un estrafalario disfraz y una no menos llamativa nariz de Pinocho.

–Cyrano es un personaje, ¿no? Ese que acabas de representar.

–No exactamente –contestó sin parar de mover los brazos; se diría que continuaba actuando–. Existió también en la realidad. Fue un escritor y vivió en el siglo XVII. Un incomprendido y un adelantado para su tiempo: escribió una de las primeras novelas de ciencia ficción. Después, Rostand lo convirtió en personaje de una obra de teatro.

–No lo sabía –reconocí–. Gracias por contármelo. Volveré el próximo fin de semana a escucharte. ¿Estarás por aquí?

–¡Quién sabe! Ya me has oído, soy ciudadano del mundo. Es broma, sí que estaré, todavía llevo poco tiempo en Madrid y hay alguien que me impide marcharme aún. Si me aseguras que vas a volver, te dejo el libro.

–¿Qué libro?

–*Cyrano de Bergerac*. Veo que te gusta leer –dijo señalando el volumen que llevaba bajo el brazo–. ¿Quieres llevártelo?

–Yo... –balbucí.

No estaba muy segura de qué contestar. Si aceptaba, me vería obligada a regresar y a seguir entablando conversación con aquel extraño personaje. La idea me gustaba; deduje que un tipo sin domicilio fijo siempre tendría algo interesante que contar a una aprendiz de periodista curiosa. El hombre sacó el libro de su maletín raído por mil viajes. Era un ejemplar desgastado en el que la portada aparecía borrosa. Me lo tendió y lo cogí con cierta aprensión: debía de llevar cientos de microbios incrustados.

–Te gustará, ya verás. Aunque seas tan joven. Se parece a mí –suspiró–. Cuando volvamos a vernos, te contaré por qué. ¿Te parece bien, chiquilla?

–Gracias –no fui capaz de negarme–. Te lo traeré el próximo domingo.

–Es una triste historia, pero de la que se puede aprender mucho. La verdad no reside en lo que vemos. Cyrano enamora a Rosana con sus cartas. Aunque ella crea que ama al guapo Cristián, son las frases de Cyrano las que la fascinan. El poder de la palabra, chiquilla.

Me despedí como quien cierra un libro y abandona un personaje en la página recién leída. Costaba creer que detrás de aquel discurso se escondiese un humano de carne y hueso. Desde luego, se trataba de un excelente actor y había logrado hacerme caer en su juego de la ficción.

Deambulé por el Retiro un rato más y comencé a ojear el libro. Algunas páginas estaban señaladas con papeles doblados y supuse que serían marcas para localizar los fragmentos que recitaba en sus actuaciones. Después de lo que me había contado el actor, recordé bien la historia: el personaje tenía un amor platónico al que escribía encendidas cartas de amor que otro firmaba como suyas. Ella ignoraba los sentimientos de Cyrano, aunque en realidad era a él a quien amaba.

Los personajes reales y los ficticios, en una extraña mezcla que los haría irreconocibles, habían comenzado a entrar silenciosamente en mi vida, encabezados por Cyrano.

Todavía paseaba por el parque cuando sonó mi móvil; era Sandra.

–¿Dónde estás? –su pregunta sonaba a acusación.

Sandra es mi mejor amiga. Hemos crecido juntas, con el apabullante peso de ser hijas únicas y de tener unos padres mayores y rígidos en nuestra educación, inequívocamente castrense.

A ella le fue mejor; poseía un físico envidiable y un carácter alegre y optimista que no tardó en llamar la atención de muchos de los chavales de la clase de segundo que nos adjudicaron el curso anterior. Al menos había uno que merecía la pena, Luis, que la sacó de la ignorancia y la alejó de mis fines

de semana. Me alegré por ella y seguí paso a paso la evolución de su historia, pero a partir de ese momento empezó una etapa diferente en mi vida: ya no éramos dos para todo, era yo sola y no sabía bien cómo salir de esa soledad.

Por eso tenía la ilusión de que en primero de Periodismo las cosas iban a cambiar.

–Mañana empezamos –me decía Sandra por teléfono, tan nerviosa como yo.

–Estoy deseando, aunque sea la primera vez que estudiamos en sitios diferentes. Me va a parecer raro –contesté con sinceridad.

–Enseguida harás amigos; espero que no te olvides entonces de mí.

Me hizo gracia que precisamente ella, que casi me había desterrado de su vida, temiese a mis posibles nuevas amistades.

–Descuida, no habrá ninguna tan divertida como tú –contesté entre risas.

–Ya verás lo bien que vamos a estar, estudiando lo que nos gusta y con gente madura.

Sandra tenía una visión demasiado optimista de nuestro futuro inmediato. Posiblemente, en la facultad encontraríamos compañeros parecidos a los del colegio y habría asignaturas tan intragables como las dichas Matemáticas del curso anterior. No la contradije, no quería desanimarla. Además, ella empezaba Derecho y nada podía parecerme más aburrido que estudiar semejante carrera.

–He pasado la tarde aquí, en el Retiro –le conté.

–¿Qué? ¿Viendo marionetas junto al lago? –se burló.

–Bueno, algo parecido. Me lo he pasado bien. Había un tío que recitaba a Cyrano...

–Eres un caso, rica –me cortó–. Podías haber llamado a Sergio y aprovechar el último fin de semana sin tener que pasar apuntes.

–¡Que me hubiese llamado él! Además, no me apetecía verle –protesté.

–A él, seguro que sí –afirmó con sorna–. Ya me encargaré yo de que te llame, puede ser que nos toque en la misma clase.

Sergio también había escogido Derecho, como Sandra. Era un compañero del curso anterior que había mostrado cierto interés hacia mí. Me parecía un chico divertido y agradable, moreno, con unas larguísimas pestañas negras y un innegable atractivo, pero tenía poco que ver conmigo. Enseguida me percaté de que nuestros intereses no eran los mismos y de que me aburriría como una ostra saliendo con él. Quizá fuera un chico demasiado normal para una novelera como yo.

Quedamos en hablar al día siguiente para contarnos qué tal nos había ido nuestro debut. Seguro que Sandra llegaría encantada a su casa. Y yo debía aprender de su mirada positiva e intentar ver lo bueno de la nueva situación. Me prometí a mí misma imitar a mi amiga.

–Buena suerte, rica.

–Buena suerte.

Pero la suerte ya estaba echada; lo único que nos quedaba para el día siguiente era comprobar si verdaderamente la habíamos tenido, o no.

II

Se llegaba fácilmente a la facultad desde mi casa. Unas pocas estaciones de metro y el edificio de cemento gris aparecía, frío y deslucido, enfrente de la salida. Alguien me comentó que había recibido un premio de arquitectura; costaba creerlo. Si se decidiese qué carrera estudiar teniendo en cuenta el lugar en el que se imparten las clases, posiblemente no habría ni un solo licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid. Tal vez sea una opinión muy subjetiva, pero lo cierto es que jamás escuché ningún comentario positivo por parte de mis compañeros sobre el inmueble en cuestión.

Contaban que, cuando lo construyeron, encontraron muchos cadáveres de la Guerra Civil, pues sobre esos terrenos se libraron duros combates al final de la contienda. La facultad de Periodismo se asentaba sobre la más reciente y cruel historia de España, me pareció una situación simbólica: la cultura, la ciencia y la verdad resurgían sobre las cenizas de un pasado que no se debería repetir jamás.

El aula que nos asignaron a los alumnos de primero era enorme, fría y mal iluminada. Su frialdad provenía del nefasto gris del cemento y de las desangeladas sillas, único mobiliario de la sala, esparcidas aquí y allá sin orden ni concierto. Nada de ello consiguió desanimarme.

Me senté en una de las primeras filas; siempre lo hago. Si no veo bien al profesor es como si no le oyese. Supongo que esa era una de las razones por las que siempre me consideraron una empollona en el colegio: prefería sentarme en la pri-

mera fila. No quise repetir el error y escogí la tercera. Nadie se atrevió a sentarse delante del todo.

La primera clase era Teoría de la Comunicación. Asustaba un poco: mucha terminología nueva y un profe con aspecto de duro. Eché un vistazo a los compañeros de la clase, me parecieron demasiados: había casi cien personas en aquella aula con pinta de almacén. Se veía a muchas chicas hablando entre ellas y algunos chicos con cara de despistados.

Durante uno de los cambios de clase descubrí, varias filas más atrás, a un chico enfrascado en la lectura de un libro a pesar del revuelo reinante. No le podía ver bien la cara; el flequillo le tapaba la frente, llevaba la barba recortada y una reluciente camisa blanca. Le puse un punto positivo, supongo que por su afán lector: cuando menos extraño en medio de aquel bullicio.

Tardé pocos días en conocerlo y para ello tuve que llegar tarde por primera vez en mi vida, aunque suene exagerado. Soy patológicamente puntual, pero esa mañana Sandra se había empeñado en que desayunásemos juntas en la cafetería de su facultad, y ella sí es de las que llegan tarde. No había manera de cortar la conversación. Ciertamente teníamos novedades que contar, pero yo no dejaba de mirar el reloj a pesar de que ella parecía ignorarlo.

Por fin me despedí de Sandra, aunque por mucho que corrí, cuando llegué, encontré cerrada la puerta del aula. Me daba vergüenza aparecer tarde la primera semana de clase y dar una mala imagen al profesor.

–Acaba de entrar –me dijo el bedel al verme indecisa ante la puerta–. No le habrá dado tiempo ni a sentarse.

En efecto, cuando abrí la puerta, mis compañeros aún charlaban y el profesor todavía no había comenzado a hablar. Comprobé con cierto disgusto que mi sitio de los días anteriores, en la tercera fila, ya estaba ocupado y tendría que ponerme detrás.

Caminaba por el pasillo central en busca de un asiento libre cuando el chico de la camisa blanca levantó la vista y se cruzaron nuestras miradas. Ocurrió muy rápido, pero, por su expresión, supe que no era la primera vez que me veía.

Pasé por su lado y me senté justo detrás. Escuché su voz cuando se dirigió al compañero que se sentaba al lado y comprobé que sonaba bien, acariciadora y con un acento que no llegué a reconocer.

La clase comenzó. No me enteré de mucho porque apenas veía al profesor y, además, porque estaba más pendiente de su pelo negrísimo, de sus hombros y de su camisa blanca. Me pareció que él se removía inquieto, como si percibiese la sombra de mis ojos caminando por su espalda.

No quise reconocer la señal de peligro, esa que me advierte de que me voy a deslizar por una inevitable pendiente. No me detuve a considerar las consecuencias, y cuando no se hace, casi siempre se acaba sufriendo.

Una vez leí que el amor se puede provocar, pero no se puede impedir. Tengo la mala costumbre de llamarlo a gritos, de introducirme de forma consciente en la boca del lobo y luego lamentarme de no encontrar la salida del laberinto.

No se giró a hablar conmigo y yo, en cuanto pude, regresé a la tercera fila a tomar apuntes, aunque no pude evitar seguirle con el rabillo del ojo en cada cambio de clase. Cuestión de tiempo, pensé, tienes un largo curso por delante para entablar conversación con él... siempre y cuando no se interponga otra más avispada. Quizá habría que dar algún paso. Afortunadamente, no hizo falta.

Al acabar las clases salí despacio en dirección al metro, con la esperanza de que él decidiese seguirme. Por una vez acerté en la jugada y, antes de llegar a la planta baja, escuché una voz detrás de mí.

–¡Eh! ¡Espera! –lo reconocí sin necesidad de volverme.

Respiré hondo; tocaba comprobar si el chico cumplía mis expectativas o me había dejado llevar por una apariencia agradable, como le ocurría a la Rosana del libro de Cyrano.

–Hola, ¿vas hacia el metro? –me preguntó.

Me sobraron segundos para comprobar que el dueño de aquella voz poseía, además, un rostro agraciado y unos expresivos ojos verdes que, juraría, me miraban con complacencia.

–Sí. ¿Te vienes? –menuda pregunta idiota, estaba claro que esa era su intención.

–Me llamo Pablo, ¿y tú? –se presentó sin los dos besos de rigor. Casi mejor.

–Sofía.

–Ya he visto que sueles sentarte en las primera filas –vaya, se había dado cuenta de que era la empollona, ahora me pediría apuntes y...

–Es una buena costumbre que yo también debería practicar –añadió–. No puedo permitirme ni un solo suspenso.

Esa frase me gustaba más: le ponía en el bando de los aliados. Quizá llegase a ser un buen compañero de estudios.

–Al principio todas las asignaturas parecen duras –quise seguir con su conversación–, pero seguro que luego no son para tanto.

–No sé qué decirte –replicó–. No tengo una buena experiencia.

–¿Repites curso? –pregunté. No tenía pinta de ello, aunque sí parecía algo mayor que yo.

–Empecé Derecho, más por empeño de mi padre que por decisión propia –se quejó–. Él no estaba de acuerdo con que estudiase Periodismo y yo solo sabía que me gustaba escribir. Me dejé convencer y fue un desastre. Ahora soy yo quien tiene que convencerle a él de que este es mi sitio.

–No me extraña que no te fuese bien en Derecho. No me parece demasiado atractivo estudiar tantas leyes –corroboré.

–No es solo eso. Hay que tener vocación, como para todo. Y yo no tengo vocación de abogado, como mi padre.

Acabáramos, de ahí el empeño paterno en que estudiase semejante carrera. Y yo me quejaba de que los míos eran excesivamente rígidos y mayores. Pensaba que esas generaciones de padres empeñados en continuar el oficio familiar pertenecían al pasado.

–Ni yo vocación de militar, como el mío –bromeé.

–Vaya –se rio–. No te imagino con gorra de plato haciendo marcar el paso a los soldados.

–Ridículo, ¿verdad? Afortunadamente, nunca me planteó la posibilidad de imitarle.

–Tampoco puedo culpar a mi padre –intentó aclararme–. Yo me dejé convencer por pura indecisión. Creo que me falta

carácter. Ha sido él mismo quien se ha plantado y me ha dado por imposible. Veía que no aprobaba los cursos. Necesité también que mi tío intercediese por mí, convenció a mi padre de que nunca sería un buen abogado, pero le aseguró que algún día vería publicado un libro con mi nombre y su apellido. A mí lo que me gusta es escribir. Al final, mi padre me dijo: «¿Pero tienes idea de lo que quieres estudiar?». Yo le contesté que Periodismo, pero tampoco estoy seguro de mi elección. No sé si esto me servirá para aprender a escribir mejor.

–Supongo que bastante más que Derecho –añadí.

–Eso espero. Si no saco el curso, mi padre me devuelve a Albacete y se acabó.

–¿Eres de Albacete? Ya me parecía que tenías un acento que no era de aquí. ¿Y con quién vives?

–En un piso con mi hermano mayor. Estudia Medicina.

–Y a él no le pusieron pegas –comenté.

–Claro que no, ya sabes el prestigio que tiene esa carrera...

–Que no lo tiene la nuestra –apostillé–. Mis padres la hubiesen deseado para mí, tenía nota suficiente. Sé que habrían preferido Medicina antes que Periodismo, pero no me han puesto inconvenientes.

Se charlaba bien con Pablo; no intentaba aparentar más de lo que era y me había confesado sus indecisiones y sus errores en la primera conversación. Se le notaba un poco perdido, pero quién no lo está a los veinte años en los tiempos que corren. Pensé que le interesaba mi amistad para sacar el curso: si se sentaba en la tercera fila, venía asiduamente a clase y estudiábamos juntos, aprobaría seguro. Mi inseguridad me hacía pensar que tal vez él se había acercado a mí con esa única intención.

Seguimos hablando animadamente hasta la estación de San Bernardo, donde se bajó. Antes de despedirnos, me hizo una sencilla propuesta que me resultó sorprendente:

–Podíamos comer juntos el lunes en el comedor universitario. ¿Te apetece?

Contesté afirmativamente, por supuesto. El fin de semana, hasta el lunes, se me iba a hacer eterno.